

FERNÁNDEZ SANTOS, Jorge y COLOMER, José Luis (eds.), *Ambassadors in Golden-Age Madrid. The Court of Philip IV through Foreign Eyes*

Fernando Negredo del Cerro
IEHM (España)
fnegredo@hum.uc3m.es

RESUMEN

Reseña: FERNÁNDEZ SANTOS, Jorge y COLOMER, José Luis (eds.), *Ambassadors in Golden-Age Madrid. The Court of Philip IV through Foreign Eyes*. Madrid: Centro de Estudios Europa Hispánica, 2020, 604 págs.

PALABRAS CLAVE

Historia cultural; Monarquía Hispánica.

Dentro del panorama historiográfico español, en los últimos años, los estudios sobre la diplomacia en la Edad Moderna han incrementado su presencia tanto cuantitativa como cualitativamente. Se ha pasado de la mera descripción positivista de los agentes y mecanismos formales que permitían la elaboración y firma de tratados y alianzas al análisis explicativo de todo el horizonte vital que rodeaba al mundo de los embajadores. Por resumirlo en pocas palabras, partíamos de una *historia diplomática* y nos hallamos hoy inmersos en una *historia del mundo diplomático* donde los elementos intelectuales, materiales, personales –en definitiva, culturales– se han sumado a los políticos y administrativos ofreciendo, por tanto, un paisaje mucho más amplio, profundo y enriquecedor. Trabajos colectivos como el editado por Diana Carrio-Invernizzi¹ o los más recientemente reunidos por Roberto Quirós y Cristina Bravo² son buena muestra de esta pluralidad interpretativa. Y en esa línea, el libro que hoy reseñamos creemos que vendrá a ocupar una posición privilegiada por sus muchos méritos pues estamos ante una obra cuyos aspectos formales y de contenido son de una calidad innegable.

Nos encontramos ante un tomo de gran tamaño (21 x 27 cm), hermosamente encuadernado en cartóné al cromo y con un papel estucado volumen muy pertinente para conferir calidad a las más de doscientas ochenta ilustraciones en color que contiene. Esto da como resultado una obra –en línea con otras ya publicadas por el CEEH– a contracorriente de la mayoría de las tendencias editoriales actuales y que hace del libro algo más que un repositorio del saber; lo eleva a categoría de objeto de lujo, entendiendo esto, el lujo, en las coordenadas del siglo XXI, como definía no hace mucho la página web *Business of Fashion*.

Pero si los aspectos materiales destacan nada más verlo, al leerlo, sus cualidades no decrecen. No sólo porque la cuidada edición haga prácticamente inexistentes las erratas formales (p. ej. Alorza por Alloza, pág. 29), sino porque la estructura del libro denota un trabajo de edición pensado y coordinado hasta el más mínimo detalle. A diferencia de lo que ocurre en otras muchas ocasiones en que se publican libros colectivos sin un hilo conductor, en esta ocasión dicho hilo está claro y atraviesa todas las contribuciones: describir las experiencias políticas y vitales de los embajadores extranjeros destinados en la corte de Felipe IV, o, en

¹ *Embajadores culturales. Transferencias y lealtades de la diplomacia española de la Edad Moderna*, Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid, 2016.

² "Reppresentare a Corte. Reti diplomatiche e cerimoniali di Antico Regime" en *Cheiron. Materiali e strumenti di aggiornamento storiografico*, 1 (2018). Volumen monográfico, 187 pp.

palabras de unos de los editores, el volumen, recoge una diversa pero coherente antología de ensayos sobre los embajadores en la corte de Felipe IV lo cual contribuye a enriquecer la producción científica sobre la diplomacia en la edad moderna y, especialmente, las relaciones internacionales de los Habsburgo hispanos (pág. 71).

Además de la línea argumental, la labor de edición-coordinación se vislumbra también tanto en la estructura con que se organiza la obra como en los pequeños detalles como sería la ubicación de las ilustraciones, perfectamente imbricadas en el cuerpo del texto con el que se relacionan (no se han puesto imágenes por decorar, sino para ilustrar, esto es, iluminar el discurso narrativo) o las referencias cruzadas entre contribuciones.

Así las cosas, *Ambassadors in Golden-Age Madrid*, se estructura en tres bloques bien definidos precedidos de tres textos introductorios –aunque son, como veremos, bastante más que eso– y un epílogo, sin duda la parte menos interesante de la obra.

La primera aportación, el prólogo, se debe a la pluma de sir John Elliott quien, lejos de limitarse a realizar una presentación aséptica del contenido del libro, aprovecha su contribución para trazar una interesante reflexión sobre el sistema de la Monarquía Hispánica en sí y las peculiaridades de la diplomacia del Barroco. A fin de cuentas Madrid se había convertido en el gran centro de intercambio de regalos diplomáticos y la presencia en esta villa de tantos y tan diferentes agentes extranjeros otorgaba a la corte del rey católico un status hegemónico, al menos hasta mediados del siglo XVII, que descansaba no sólo en la potencia militar sino también en el denominado *soft power*, tan de moda hoy en día, y que dividía a Europa entre hispanófilos e hispanófobos. Un universo, en definitiva, en el que la fiesta y el fasto contribuían a esconder las carencias, cada vez más visibles, de una Monarquía que se resistía a aceptar su declinación.

Y es a esta corte «de dos mundos» donde el ceremonial y la etiqueta reglamentaban el acceso al rey de forma estricta a la que dedica Jorge Fernández-Santos su aportación. El coeditor del volumen hace un solvente y bien documentado repaso al perfil que ofrecía Madrid en la época destacando, por un lado, su evolución histórica desde la reconquista en tiempos de Alfonso VI hasta mediados del siglo XVII y, por otro, los diferentes espacios simbólicos y de sociabilidad que la caracterizaban. Por ellos pasaron, sobre todo en la primera mitad del reinado del cuarto de los Felipes, importantes y distinguidos personajes que colaboraron a elevar el perfil internacional de la villa a orillas del Manzanares y en ellos se relacionaron los diversos enviados más o menos lejanos que conformaban el embrionario cuerpo diplomático aquí residente. Fueron estos, los embajadores, quienes vivieron (y en algunos casos murieron) en Madrid y quienes si bien sufrieron del estricto ceremonial borgoñón, también disfrutaron del ambiente lúdico y festivo que impregnó sus calles, al menos hasta los primeros años de la década de los 40. En este sentido, la Plaza Mayor, escenario privilegiado desde el que participar de los espectáculos de la corte, recibe una especial atención pues Fernández-Santos presenta, incluso, un detallado plano (págs. 54-55) de los balcones ocupados por cada uno de los agentes extranjeros en dicho lugar a los largo de estos años. Pero la diversión no lo era todo; los intentos por obtener el Toisón de Oro, la distribución (y pago) de las casas y despensas, el papel de las mujeres de los embajadores..., todo ello es presentado en un hilvanado y coherente discurso que ayuda a comprender la realidad cotidiana y el contexto vital de los protagonistas de la obra.

La parte introductoria finaliza con el artículo del otro coeditor, José Luis Colomer, quien, en la línea de otros trabajos suyos, resalta la importancia del regalo, del intercambio de presentes más o menos lujosos, como epicentro del quehacer diplomático barroco. Presentado como un hilo conductor, pues el resto de autores también lo destacan, el regalo conlleva una serie de implicaciones –como ya pusiera de manifiesto el conde de la Roca, probablemente el tratadista de la práctica diplomática más leído y admirado de la primera mitad del Seiscientos– como era la necesidad de gozar de la liquidez o el crédito necesario para poder hacer frente a esta necesidad, cosa que no todos los legatarios extranjeros tuvieron. Ahora bien, no sólo era el valor lo apreciado en un regalo, su calidad artística y el deseo del destinatario por poseerlo, tenían un gran peso. Algo que los embajadores florentinos, aunque no sólo ellos, supieron detectar, de ahí la profusión de pintura como vehículo privilegiado para satisfacer los gustos de un rey amante de ellas como pocos, si bien no fueron los únicos presentes recibidos ya que, por ejemplo, los relicarios, muy apreciados desde la época de Felipe II, tampoco se pueden desdeñar. En este caso la vertiente devocional se sumaba a meramente crematística. No obstante, Colomer también llama la atención sobre que, si bien el llamado «arte del regalo» servía casi siempre para afianzar lazos de fraternidad y reforzar lealtades, en algunas ocasiones un error de percepción, no saber «contrarregalar» o caer en la desproporción, podía llegar a ocasionar un malestar diplomático. La sutileza de lo recíproco, en la línea de lo que ya nos enseñara Clavero en su *Antidora*, era

un elemento clave en el mundo de la diplomacia. Pero no sólo ello. La diferente percepción estética o icnográfica de una misma joya o cuadro podía, llegado el momento, hacer caer en el desfavor a quien la llevara o presentase. Aun con todo, la entrega de presentes, todo el ritual que los rodeaba y su mera aceptación que podía significar un reforzamiento de los lazos de patronazgo y fidelidad, fueron, durante todo el periodo filipino, un elemento crucial de la diplomacia moderna.

Tras estos estudios introductorios comienza el contenido del libro en sí. Éste se articula en tres grandes bloques en función de la tipología de los legados. En primer lugar se nos presentan los embajadores de capilla, esto es, los representantes de las grandes potencias católicas: Venecia, el Imperio, Francia, Polonia y el Papa. Después es el turno de los embajadores «del norte»: holandeses, ingleses, daneses o suecos para finalizar con un recorrido por algunos pequeños estados italianos y una aproximación al Imperio Otomano. En todos los capítulos se nos ofrecen estudios de caso como veremos. Es decir, ninguno trata de hacer un recorrido sobre las legaciones diplomáticas de tal o cual estado y de sus ocupantes, sino que lo que se presenta es un perfil particular y determinado cuyo denominador común es su estancia en la corte madrileña en tiempos de Felipe IV. No pormenorizaremos en todos ellos por cuestión de espacio, aunque sí es de rigor mencionar a todos los autores y sus líneas de investigación.

Comienza el primer bloque con un trabajo a cargo de Gino Benzoni quien al trazar el periplo vital del embajador veneciano Giacomo Querini (1619-1677) nos presenta un breve resumen de la evolución de las relaciones hispano-venetas desde finales del siglo XVI hasta los años sesenta de la siguiente centuria. Evolución que transcurre entre el temor e hispanofobia de los reinados de Felipe II y Felipe III y una actitud de prudencia ligada al paulatino debilitamiento de la Monarquía a partir, sobre todo, de las paces de Westfalia. Querini, llegado a Madrid en 1652 como embajador ordinario (y ya enfermo de gota) había estado presente en Münster y encarna, hasta cierto punto, un nuevo estilo diplomático, auspiciado también por la desaparición de antiguos protagonistas como el conde-duque de Olivares. De hecho, serán don Luis de Haro y el conde de Castriello los principales interlocutores de Querini en sus negociaciones en torno a la situación en Italia o la guerra (y la prometida contribución económica hispana) contra el Turco.

El segundo artículo de esta sección —y uno de los más interesantes del libro a ojos de este reseñador— lo firma Luis Tercero Callado y aborda la actuación del marqués de Grana, Antonio del Carretto y Argote, embajador imperial en Madrid durante los años que el autor califica de crisis dinástica, esto es, los que transcurren entre 1641 y 1651 y que merecen una atención mucho más detallada por parte de la historiografía española, todavía muy reacia a enfrentar el periodo. Por ello, la aportación de Tercero, gran conocedor de los fondos documentales vieneses, tiene una gran relevancia. Grana, personaje contradictorio y vehemente, alabado y criticado por sus contemporáneos, ejerció un rol de primerísimo orden en todo el devenir político de esa década. No sólo como representante del César, Fernando III, sino también como miembro de la Junta de Estado, organismo que, tras la defenestración de Olivares asumió la labor de aconsejar a Felipe IV en sus labores de gobierno. Aunque a veces se haya exagerado su influencia es innegable que fue un diplomático de primerísimo orden y por tanto el recorrido por su vida, y el ambiente socio-cultural en el que desempeñó su labor, así como los pormenores de la misma, son de un grandísimo interés.

El siguiente capítulo incide en un momento puntual de las relaciones entre Francia y la Monarquía. En concreto, en la llegada a la corte madrileña del embajador extraordinario de Luis XIV, el duque Gramont, en el contexto de las negociaciones de la Paz de los Pirineos y en especial del matrimonio de la infanta M^a Teresa con el rey galo. El engalanamiento de la villa y corte, las joyas y regalos (de nuevo este hilo conductor) y el ambiente que rodeó esta breve embajada son contextualizados por Bertrand Haan desde la óptica francesa, a través sobre todo, pero no en exclusiva, de la *Relation d'un voyage d'Espagne* de François Bertaut, ofreciendo un vivo retrato de la corte madrileña.

Tras Francia, toca el turno a Polonia, representada por el análisis de la misión —calificada de «imposible» por los responsables del texto, Jan Kieniewicz y Matylda Urjasz-Raczkp— de Stanislaw Makowski (1638-1647). Mediante su estudio se pretende presentar el mundo de la política hispana a través de los ojos y vivencias de un diplomático ajeno a la Monarquía. Siguiendo la estela de los trabajos de R. Skowron se nos describen los avatares y dificultades de una embajada encabezada por un personaje cuyos orígenes sociales, a diferencia de otros embajadores, distaban de ser aristocráticos. Su nutrida correspondencia —y papeles anexos— posibilita a los autores acercarnos a los diferentes círculos de poder en el entorno de Felipe IV y pergeñar los difíciles caminos que tuvo que recorrer el legado polaco para obtener un éxito en las negociaciones que, finalmente, se le resistió.

El bloque de los embajadores de capilla acaba, como no podría ser de otro modo, con un ejemplo vinculado a la diplomacia papal. En esta ocasión José Luis Colomer y Lisa Beaven nos presentan la embajada del nuncio Camillo Massimo quien, después de sobreponerse a los recelos de la corte española hacia las maquinaciones del papado en torno a Nápoles (incluido casi un año esperando en Campillo de Altobuey el permiso para entrar en Madrid) supo ganarse la confianza de Felipe IV usando de las redes que había empezado a establecer ya en Italia y en la que Velázquez tendrá una importancia manifiesta. El artículo no se centra en su labor diplomática sino que rastrea con erudición y profundidad los pormenores de su labor como amante del arte y mecenas. Desde los regalos que el nuncio trajo como presentes al rey, la reina y la infanta («cosas curiosas y ricas de Italia») a las adquisiciones que de diversa procedencia compra en España, estas páginas son una clara muestra de las relaciones tan cercanas que existían entre diferentes cortes con gustos estéticos similares. Un extenso apéndice (pp. 224-239) de la correspondencia de Massimo procedente de la archivo familiar cierra la contribución proporcionando al lector interesado un fuente de primer orden y no siempre fácil acceso.

La sección de los embajadores no católicos se inicia con el capítulo de Maurits Ebben dedicado a los legados neerlandeses. O más concretamente, el estudio de las relaciones diplomáticas entre ambas naciones a partir de los incidentes que jalaron dichas relaciones que no olvidemos no se iniciaron de forma recíproca ya que mientras Madrid sí destinó un encargado de negocios en La Haya, ésta tardó varios años en enviar sus emisarios. Y es uno de ellos, Hendrick van Reede van Renswoude, quien centraliza gran parte del texto, no sólo por su conversión al catolicismo, sino también por su amplia colección de pinturas y libros.

Las relaciones con Inglaterra se abordan desde una doble perspectiva: la de sir Richard Fanshawe, embajador en Madrid entre 1664-1666 y la de Arthur Hopton, como es sabido, secretario en la embajada de Francis Cottington en 1629 y más adelante residente y embajador en España. El primero, estudiado por Piers Baker-Bates y Alistair Malcolm, se nos aparece no como marido de Ann Fanshawe, algo bastante frecuente, sino como alguien en sí mismo susceptible de ser reseñado, más allá de su labor literaria, como puente cultural entre el mundo anglosajón y el ibérico. Trazando su biografía (orígenes familiares, servicios a los Estuardo...), se llega a su estancia en Madrid y sus quehaceres diplomáticos así como su labor como patrono de las artes hasta su muerte en la villa y corte en junio de 1666.

Para Hopton, Todd Longstaffe-Gown, incide en su faceta de coleccionista y, sobre todo, en su interés por los propios retratos. A través de ellos se exploran los diferentes caminos tanto diplomáticos como artísticos de un hombre que ha sido considerado por la historiografía como un intermediario cultural entre las islas británicas y España. Un diplomático con gran formación artística y buen gusto como demuestran las adquisiciones que realizó a lo largo de su vida.

Un enfoque diferente es el que ofrece Enrique Corredera Nilsson sobre Cornelius Pedersen Lerche, embajador en dos ocasiones del rey de Dinamarca en Madrid (1650-55 y 1658-62). El autor profundiza en las relaciones entre ambos reinos para contextualizar al personaje de quien nos muestra, sobre todo, su faceta cultural, algo que realza, por ejemplo, la cédula de paso donde se recogen sus pertenencias una vez que abandonó la corte tras su primera estancia y que nos hablan de cuadros, tapices, etc. que había adquirido en el Madrid de Felipe IV y que posiblemente decorasen su casa de la calle Barquillo. Pero no sólo eso, el trabajo de Corredera también rescata vivencias personales, contrariedades diplomáticas o disputas por balcones en la Plaza Mayor.

La otra potencia escandinava, Suecia, se encuentra representada por el capítulo dedicado al enviado de la reina Cristina, Mathias Palbitzki y que corre a cargo de Hans Helander y Martin Olin. Tras la firma de Westfalia las relaciones entre Madrid y Estocolmo cambiaron sustancialmente. Fruto de ello fue la embajada referida (1651-1652) que esta vez es analizada desde una perspectiva claramente diplomática descendiendo al detalle del viaje y concediendo un amplio espacio a las consecuencias de la misma a corto plazo. Para ello, los propios papeles del embajador son fundamentales y una parte sustanciales son aportados como apéndice.

El tercer y último bloque recoge cuatro trabajos que tienen como eje vertebrador tratar de pequeños estados italianos a los que se suma un capítulo sobre el Imperio Otomano. En este sentido Piero Boccardo nos ilustra sobre la embajada del genovés Anton Giulio Brignole-Sale en 1644-46, un coleccionista, literato y político que participó del ambiente de la corte de Felipe IV tanto en Madrid como en Fraga y que negoció arduamente en un momento crítico para la Monarquía, situación a la que su república no era indiferente.

La aportación de Paola Volpini, de las más originales del volumen, tiene como objetivo rescatar las negociaciones entre Galileo Galilei y la corte de Madrid para que ésta aceptara implementar en su armada el

método descubierto por el físico pisano para medir la distancia y por ende la longitud en el mar. El proceso duró años e involucró a la diplomacia medicea quien en el fondo hizo de intermediaria entre los descubrimientos de Galileo, el ambiente cultural toscano y la capital del rey Planeta. Fueron por tanto, negociaciones donde lo científico y lo político se entrecruzaron y en las que tomaron parte diferentes protagonistas desde los grandes duque de Florencia a los agentes diplomáticos aquí destacados.

Completa la triada sobre pequeños estados italianos la aportación de Mercedes Simal centrada en el papel del poeta y diplomático Fulvio Testi como intermediario en la búsqueda de una alianza entre la Monarquía Hispánica y el ducado de Módena en los años centrales de la Guerra de los Treinta Años. Su labor política y la preparación del viaje a España del duque Francesco I d'Este estructuran el texto donde se amplían algunos de sus trabajos anteriores a la hora de relatar la estancia de este príncipe en Madrid y que finaliza con el regreso de Testi a Italia en la primavera de 1639.

En cuanto a la presencia de la Sublime Puerta en este volumen, son Jorge Fernández-Santos y Hüseyin Serdar Tabakoglu los encargados de hacerla visible alrededor de la embajada de Ahmed Agha en 1649-50. Resumiendo las relaciones entre ambos poderes a lo largo de la primera mitad del siglo XVII, los autores contextualizan una embajada atípica y novedosa que no estuvo exenta de dificultades y que intentó ser correspondida, aunque con un menor nivel, por Felipe IV al enviar en noviembre de 1649 a Allegretto Allegretti a los dominios del Sultán. Como bien apuntan los autores, las caras y aristas de esta negociación eran muchas y nada sencillas, donde terceros protagonistas (Venecia, el Imperio...) no podían ser obviados y donde la propia dimensión de la Monarquía con sus territorios italianos era un elemento muy a tener en cuenta, de ahí que la diplomacia madrileña tuviera que andarse con pies de plomo ante las propuestas de este legado. Con todo, el análisis de la embajada va más allá de lo meramente diplomático y lo ceremonial y cotidiano también tiene cabida. Por fin, el texto se culmina con un par de apéndices, como ya hemos visto en otros capítulos, de innegable interés para el investigador.

Y llegamos así al final del libro que se cierra con un epílogo; como ya hemos mencionado, la parte más floja de la obra, no sólo porque sea un texto publicado en 2005 sino porque ya entonces ofrecía unos perfiles historiográficos algo desdibujados en comparación con las nuevas corrientes de investigación. Pero no es cuestión de ahondar en ello pues esta última parte no desmerece en absoluto el resto de magníficas aportaciones. Es más, retomando lo que apuntábamos al inicio de la reseña, concluiremos con nuestra felicitación a los autores y editores porque, como ellos mismos indican, el libro compone un panorama fascinante sobre la corte madrileña y la vida en la capital de una monarquía universal que a duras penas defendía su papel hegemónico entre una serie de potencias aliadas o enemigas. Es de recibo reconocerlo y confiar en que trabajos como éste tengan continuación en los próximos años con periodos o protagonistas que los completen.